

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Mario Salvatierra

macarrillo@colmex.mx

El reino de lo no lineal, de Elisa Díaz Castelo

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 56, abril-junio 2021, pp. 74-76.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

actual estado de Veracruz y parte de Tabasco (78).

Algunos axiomas son abiertamente sugerentes:

¿El sacrificio [en el juego de pelota] se llevaba a cabo antes o después del juego? Siempre se ha asumido que este era después, pero esto se debe a que se reconoce el sacrificio como premio o castigo del desempeño en el juego. ¿Y si se tratase de una condición para jugarlo, de un ofrecimiento para poder practicar un acto de ocio divino? (209)

Otros pasajes solo son bellos:

En la Ofrenda 4 de La Venta, las pequeñas hachas devienen estelas y las figurillas se tornan gigantes (111).

Si observamos la pluralidad de temas que recorre este libro, veremos el dominio que la autora ejerce sobre ellos: el lenguaje corporal de pétreos hombres y dioses, las culturas madres y las civilizaciones huérfanas de nuestra historia, las sonrisas del barro, los mudos llantos de las calmas estelas, las escenas silenciosas de la policromía mural, la imaginaria dinámica de su obsesivo El Tajín (mapa de su pensamiento), el juego de pelota y su simbiosis con el universal equilibrio, la defensa de la perspectiva de género en el quehacer arqueológico, la resolución de un mito en la síntesis icónica, los vínculos imaginativos de los pueblos prístinos, la danza inmóvil de las formas en la piedra, el arrullo de los melancólicos labios de las cabezas colosales olmecas, las caritas que sonrían como burlándose de nosotros –sus ingenuos espectadores–... Vuelvo a Pamuk: “Todas las historias son las historias de todos”.

En *Sonrisas de piedra y barro* Sara Ladrón de Guevara sistematiza una cosmovisión. No tanto la mesoamericana como la suya propia. Sus intuiciones cristalinas adquieren volumen, relieve, textura, forma, fondo. Como todo buen libro, sus ideas no pasan desapercibidas; hay muchas que yo mismo no comparto, pero son constantemente seductoras; nos invitan a la reflexión, a la documentación, a la contemplación, incluso si no comulgamos con ellas. Muchas opiniones me surgen, pero sé que este no es espacio para expresarlas. Sin embargo, a manera de invitación a la lectura, expongo unas breves cuestiones: ¿podrían tener algún vínculo las figurillas sonrientes doblemente diestras con las *Cihuateteo* –plural de *Cihuateo*, un uso indistinto que cual muletilla debemos exorcizar– que portan en la zurda ya un escudo, ya un sahumerio, ya el cadáver de un infante fenecido? ¿Es posible que en vez de Quetzalcóhuatl, el “ser con doble cuerpo y con doble perfil, formando un solo rostro” (222) –recurrente en los relieves de El Tajín–, el que aparece sea más bien, y continuando con la nomenclatura náhuatl, Ometéotl (Señor Dual), Tonacatecuhtli (Señor de Nuestro Sustento), Moyocoyani (El que se Hace a Sí Mismo), Tloque Nahuaque (El Señor de lo Cercano y de lo Junto), Ipalnemohuani (El que se Piensa a Sí Mismo)? ¿Pueden reconstruirse mitemas con los iconos? ¿Puede una cultura definirse iconográficamente? ¿Y toda una civilización?

Los buenos libros no dan respuestas, germinan incógnitas. **LPyH**

Maximiliano Sauza Durán es arqueólogo y maestro en Literatura Mexicana por la UV. Recientemente obtuvo el Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2020.

Los rostros de la muerte

Poesía

Mario Salvatierra



Elisa Díaz Castelo, *El reino de lo no lineal*, México, FCE/INBAL/ICA, 2020, 69 pp.

En el más famoso de sus soliloquios, Hamlet sopesa si vale la pena vivir y soportar los sufrimientos que esto implica o si es preferible entregarse sin demora al descanso de la tumba. Ante la posibilidad de que al trasponer el umbral de la existencia los suplicios no concluyan, el dilema se complica, pues, en ese sueño de la muerte, quién puede saber qué otros sueños vendrán. Sin embargo y en contra de lo que cree el príncipe de Dinamarca, algunos viajeros han regresado del país de los muertos: Orfeo, Odiseo, Eneas y Dante, por nombrar a los más célebres; por desgracia, estos personajes no nos informan sobre lo que se siente cuando el hilo de la vida revienta porque su aventura es una traslación física y no un proceso biológico.

Precisamente, la experiencia de este trance inevitable es la materia de *El reino de lo no lineal*, segundo libro de Elisa Díaz Castelo (México, 1986) y acreedor al Pre-

mio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2020. Organizada en dos secciones, la obra reúne poemas que ensayan las posibilidades del monólogo dramático para comunicar la multiplicidad de formas en las que se puede vivir el morir. Aunque el tenor de la obra pudiera parecer lúgubre (y lo es en algunos pasajes), la poeta recurre a la ironía, la parodia, la subversión ingeniosa y otras maniobras para evitar caer en una gravedad empalagosa.

La primera sección, Vuelta, convoca a un elenco de lázaros que se dan turno para contar las circunstancias de su muerte. Inspirándose en testimonios reales de personas que estuvieron clínicamente muertas, Díaz Castelo le da voz, entre otros personajes, a un buzo distraído que se ahoga en aguas caribeñas, una mujer que recuerda cómo un auto arrolló su infancia, una inadaptada que no logra encontrar su lugar ni siquiera entre los muertos, un limpia-cristales escéptico que sobrevive a una caída desde el quinto piso, un hombre casado que se resiste a los avances de una amante letal, un profesor políglota que no logra asirse al lenguaje de la (in) existencia, un parodiador de Rilke que cae en un choque séptico por estafilococo dorado, una suicida que sospecha que la vida es una simulación.

Paralelamente a estos monólogos, fluyen breves poemas en prosa en los que el lector podrá reconocer definiciones de *vida* provenientes del diccionario, Wikipedia, las ciencias, la tradición literaria y el refranero popular. Además de envés y contrapunto, estas prosas “ensambladas” proporcionan un momento de transición para templar el oído antes de escuchar al siguiente Lázaro.

En la segunda sección, Ida, se presentan diversos episodios en el trabajo de duelo de una muchacha llamada Orfelía. En su descenso al

***El reino de lo no lineal*, segundo libro de Elisa Díaz Castelo (México, 1986) y acreedor al Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2020. Organizada en dos secciones, la obra reúne poemas que ensayan las posibilidades del monólogo dramático para comunicar la multiplicidad de formas en las que se puede vivir el morir. Aunque el tenor de la obra pudiera parecer lúgubre (y lo es en algunos pasajes), la poeta recurre a la ironía, la parodia, la subversión ingeniosa y otras maniobras para evitar caer en una gravedad empalagosa.**

inframundo por las aguas de la locura y la melancolía, la protagonista de estos poemas revisita (y resignifica) los recuerdos tejidos al amado perdido, acude a consultar con el médico para atender sus dolencias, considera la naturaleza y los efectos del tiempo en el cuerpo, medita sobre la incapacidad del refrigerador para detener la descomposición de la materia, emplea los libros para conversar con los difuntos y se resigna a que las polillas se alimenten con el vestido de novia que no usó. Tras vencer la tentación de permanecer en el reino de los muertos, Orfelía, Orfeo de sí misma, concluye su duelo con la lectura de una novela (esa otra vida) que el novio desaparecido nunca terminó de leer: “He llegado hasta la última página / que leíste, la última que leímos / juntos, desfasados. Sin saber en qué / te hubieras detenido, qué te hubiera gustado, / voy a seguir leyendo el libro sola”.

Además de las virtudes mencionadas, destacan la destreza rítmica con la que la poeta compone sus poemas en verso y en prosa y la pericia con la que emplea la metáfora, aptitudes vistas con desdén o suspicacia en los últimos años. Cito algunos ejemplos del uso de estos recursos. La pre-

cepción temporal de un ahogado se transmite en este burilado endecasílabo: “... El tiempo, allá mismo, / en el anverso, es pura orfebrería”; en otro monólogo, se ensayan unas melódicas definiciones de la muerte: “Quiero decir que sé lo que es morir: / una sequía que rompe la tierra con su puño. / Es lo opuesto a morder una manzana”. Finalmente, el poema “VIII” condensa en una bella imagen la vivencia mortuoria de una mujer anónima:

Estuve muerta
lo que tarda
una fruta
en madurar.

Ya se ha señalado el parentesco de rigor entre esta obra y la *Antología de Spoon River* de Edgar Lee Masters. Me parece, además, que la sombra de T. S. Eliot ronda en estos versos. La experimentación con la forma del monólogo dramático (que, por momentos, parece desbordarse en el fluir de la conciencia), el uso versátil de la técnica del collage, la meditación sobre el tiempo, su filiación imaginativa a los elementos del agua y la tierra, entre otros aspectos, acercan a Díaz Castelo con el poeta de Missouri. No obstante, la pre-ocupación de Eliot es espiritual y

lo impulsa el ascetismo, mientras que a nuestra poeta la guía la curiosidad científica y la heurística de la poesía.

Junto con Eliot, quizá haya que nombrar al prominente químico Ilya Prigogine como otro de los ascendientes de este libro de poemas. Entre las varias contribuciones de Prigogine, podemos mencionar su concepción de la flecha del tiempo como principio básico y común de la construcción del universo, así como la noción de estructura disipativa. Ambos postulados encuentran eco en la obra de Díaz Castelo, tanto en la diversidad formal que adquieren los poemas como en sus aproximaciones a las contingencias de la vida y la muerte, la irreversibilidad del envejecimiento y los virajes de los afectos, entre otros fenómenos.

A diferencia de Hamlet, Ofelia no vacila cuando llega el momento de elegir entre ser y no ser. De manera similar, Orfelía se resigna a la pérdida, pero, en lugar de abandonarse a las aguas, ofrece su vestido de novia sin usar a las polillas: “Para que crisálida y oruga / crezcan y de la tela, antenas, / se conviertan en lo que deben ser / y vuelen, ala con ala, se levanten. / Serán la vida no vivida / que tomó vuelo y desenvoltura”. Lejos del equilibrio, en el régimen de las fluctuaciones, nace la esperanza de otra vida.

Poesía del pensamiento y de la experiencia, *El reino de lo no lineal* trata de manera original los motivos clásicos del *tempus fugit* y el *memento mori*, y se suscribe, desde el arte literario, al anhelo de Prigogine de hacer converger ciencias y humanidades en el nuevo diálogo entre el ser humano y la naturaleza. **LPyH**

Mario Salvatierra (Mérida, 1988) es escritor y traductor literario.

El eterno encanto de Sylvia Plath

Dramaturgia

Luis Mario Moncada



Jorge Volpi, *Las agujas dementes*, México, Almadía, 2020, 157 pp.

El suicidio de Sylvia Plath tras una tormentosa relación con Ted Hughes ha resultado muy atrayente para el teatro mexicano; antes de *Las agujas dementes*, que apenas se publica, han visto la escena al menos tres obras que giran en torno a la obsesiva imagen de la poeta disolviéndose en materia gaseosa. La primera de ellas fue *Vacío*, estrenada en 1980 por el grupo Sombras Blancas, con dirección de Julio Castillo, dramaturgia de Carmen Boullosa y escenografía de Jesusa Rodríguez; un icónico montaje estructurado a partir de *Tres mujeres* y otros poemas de *Ariel*, del que solo quedan unas cuantas fotos y el libreto publicado en la antología *Teatro para la escena*, de El Milagro (1996). Atrapado en la misma obsesión, Hugo Arrevilla articuló 20 años más tarde una fascinante dramaturgia escénica titulada *Canción para un cumpleaños* (2003); en ella también se multiplicaban las Sylvias para declamar sus dudas y certezas con un entra-

ñable registro que iba del humor a la tragedia. Por su cuenta, Silvia Peláez retomó la historia y escribió *Fiebre 107 grados* (El Milagro, 2006), en la que desmenuzó la relación de ambos poetas desde los años felices, destilando de sus versos algunas pistas que presagiaban el inevitable desenlace.

Las agujas dementes es la segunda obra teatral de Jorge Volpi y en ella reaparecen estos conocidos personajes, a los que ahora se suma otra pareja para mostrar el revés de aquella impactante estampa que el teatro nos había ofrecido: se trata del joven matrimonio formado por los también escritores David y Assia Wevill, cuya irrupción en la casa de campo de los Hughes-Plath romperá el precario equilibrio del matrimonio. Si nos detenemos en ese primer encuentro podemos reconocer los ecos de *¿Quién le teme a Virginia Woolf?*, que nos mostraba el juego perverso de una pareja destruyendo a otra por puro instinto venenoso. Sin embargo, pronto descubriremos la partida secreta que Assia y Ted juegan sin haberse puesto de acuerdo y que tendrá funestas consecuencias para los cuatro personajes involucrados.

Pese a colocarse en uno de los polos de esta escandalosa historia, poco se sabía de Assia Wevill hasta la aparición de la biografía publicada por Yehuda Koren y Eilat Nagev en 2015, que Volpi aprovecha para revelarnos otra dimensión del drama. De allí surge la confesión de Assia en la escena seis, donde confirma el nada inocente propósito de seducir a Ted, sin importar las consecuencias. Como afirma Antonio Lucas en un artículo para *El Mundo*, Assia “no calculó el vértigo que excede a ciertas pasiones” y terminó envuelta en la misma telaraña que su antecesora, a quien emuló tristemente de principio a fin.

Más allá del argumento –suficiente para mantener en vilo al lector–, hay algunas claves forma-